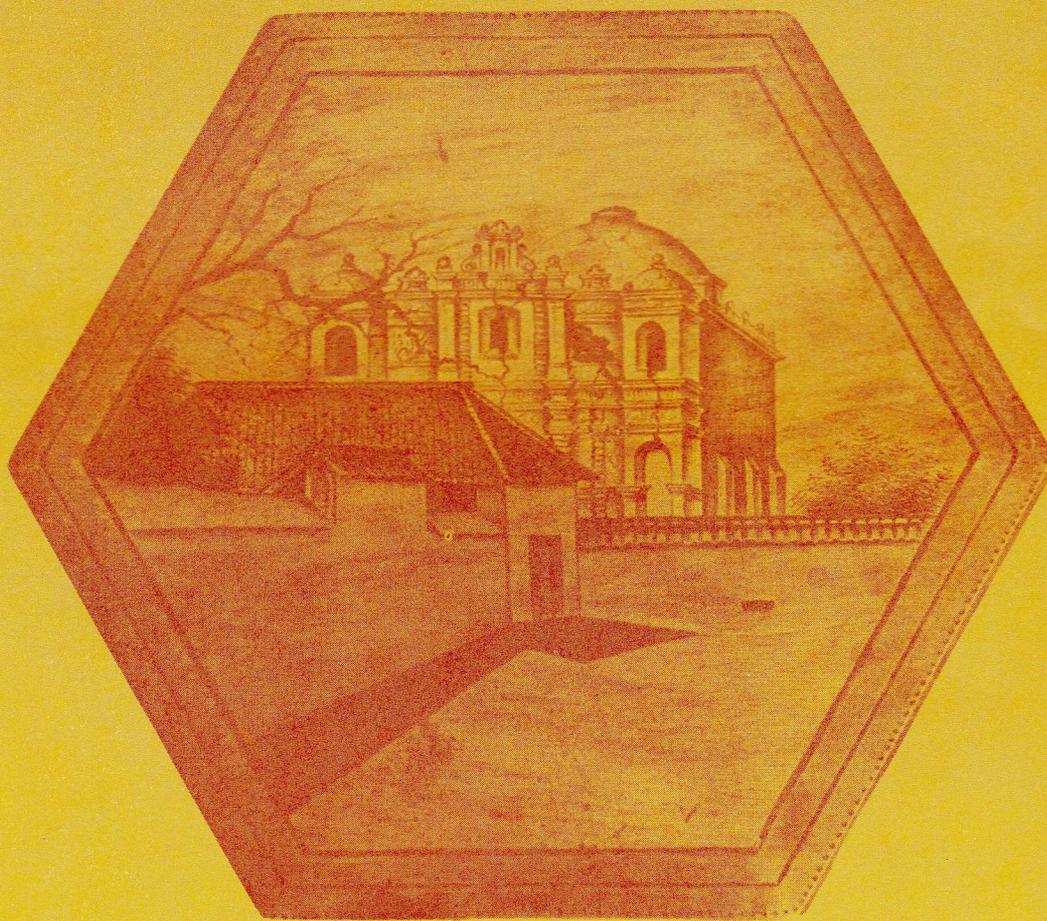


La Tradición Popular



**BOLETIN DEL CENTRO DE ESTUDIOS FOLKLORICOS
UNIVERSIDAD DE SAN CARLOS DE GUATEMALA**



1977

LA TRADICION POPULAR

CENTRO DE ESTUDIOS FOLKLORICOS

DIRECTOR:
ROBERTO DIAZ CASTILLO

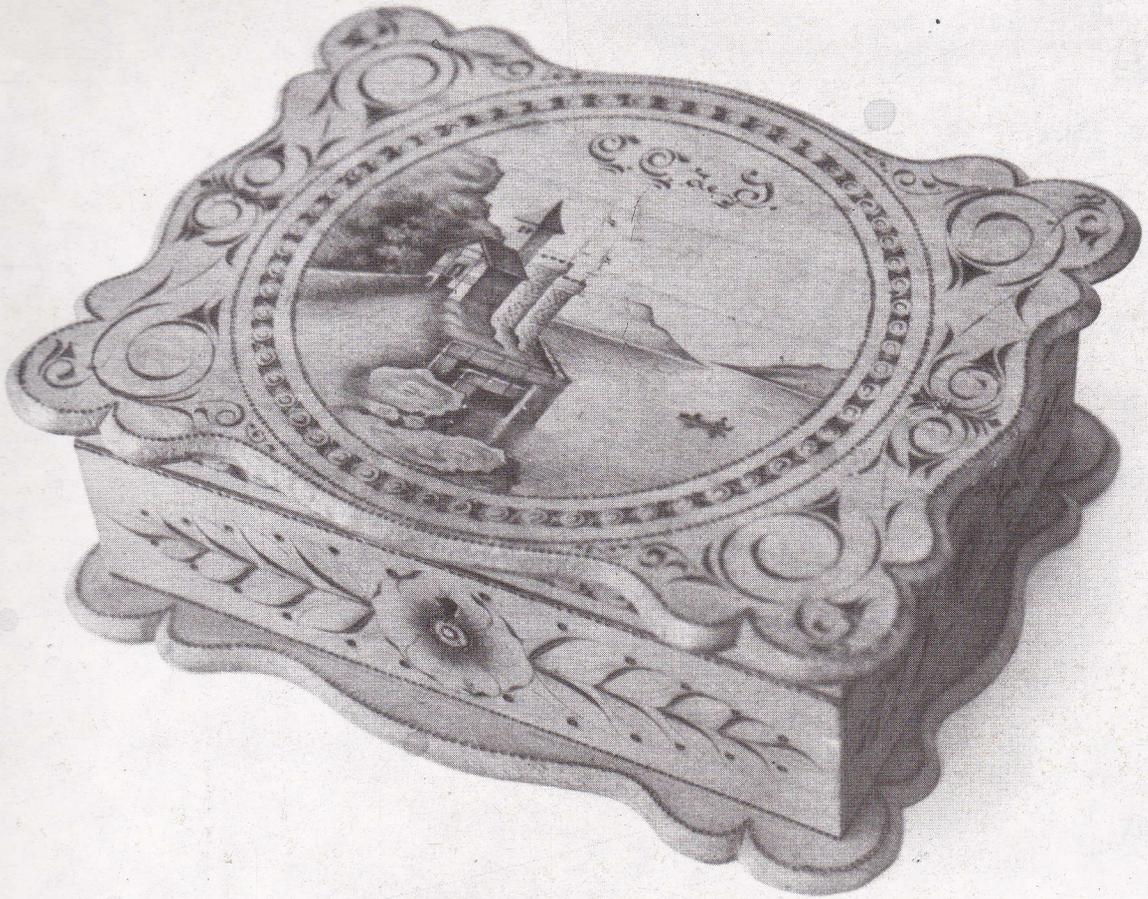
INVESTIGADORES ADJUNTOS:
CELSO A. LARA - OFELIA DELEON M.

DISEÑO: CABRERA
FOTOGRAFIAS: MAURO CALANCHINA

AVE. DE LA REFORMA 0-63, ZONA 10.
GUATEMALA, CENTROAMERICA.

15





EL PIROGRABADO

ROBERTO DIAZ CASTILLO

Breve noticia histórica

José Toribio Medina, célebre bibliófilo y polígrafo chileno,¹ nos legó importantes datos sobre algunos de los mejores grabadores guatemaltecos del período colonial. Gracias a sus investigaciones y a otras realizadas posteriormente,² sabemos de las hondas raíces históricas de un arte emparentado con los sellos prehispánicos de barro cocido y las técnicas y concepciones estéticas propias de las jícaras rayadas, la mueblería grabada, los trabajos en cuero y otras artesanías ornamentales del presente.

Entre los grabadores mencionados por Medina figuran Blas Avila, José Valladares, Pedro Garcí-Aguirre, José Casildo España, Francisco Cabrera —conocido también por sus admirables miniaturas— y Narciso Rosal. De todos ellos queda el testimonio de sus creaciones, que arrancan de 1660 y están estrechamente vinculadas al desarrollo de las artes gráficas en nuestro país.

Del grabado en madera, antecedente inmediato del pirograbado, nos dice José Toribio Medina:

“Desde el mismo año en que se introdujo la imprenta en Guatemala, comenzaron a insertarse en los libros que allí se daban a luz, algunos trabajos en madera, cuya procedencia es muy difícil de establecer, si bien es de presumir que fueron llevados de la Península y, con más probabilidades, de México.”³

Pero el grabado, como la pintura, la escultura y la arquitectura, tuvo y tiene aún manifestaciones populares —no académicas— de considerable valor. A esta suerte de lenguaje artístico pertenece el pirograbado, que es una modalidad de grabado en madera.

Es así como hacia fines del siglo XIX, empleando un aparato llamado **pirógrafo**, que consiste en un tubo por donde pasa aire cargado de vapores carburados y sale por el orificio de una aguja hueca calentada al rojo en la llama de una lámpara de alcohol, se hicieron los primeros pirograbados. La aguja permite trazar líneas y sombras merced al chorro caliente de gas que la atraviesa y se le escapa por la punta, de modo que con ellas el dibujo alcanza mayor perfección.

1 José Toribio Medina, *La imprenta en Guatemala*, Guatemala: Tipografía Nacional (2a. edición), 1960.

2 Víctor Miguel Díaz, *Las bellas artes en Guatemala*, Guatemala: Tipografía Nacional, 1934; Edna Núñez de Rodas, *Grabados de Guatemala*, Guatemala: Talleres Litográficos del Instituto Geográfico Nacional, 1970; Roberto Cabrera, *El grabado guatemalteco*, Guatemala (publicación de la Dirección General de Cultura y Bellas Artes): Litografía Chang Li, 1973.

3 José Toribio Medina, *ob. cit.*

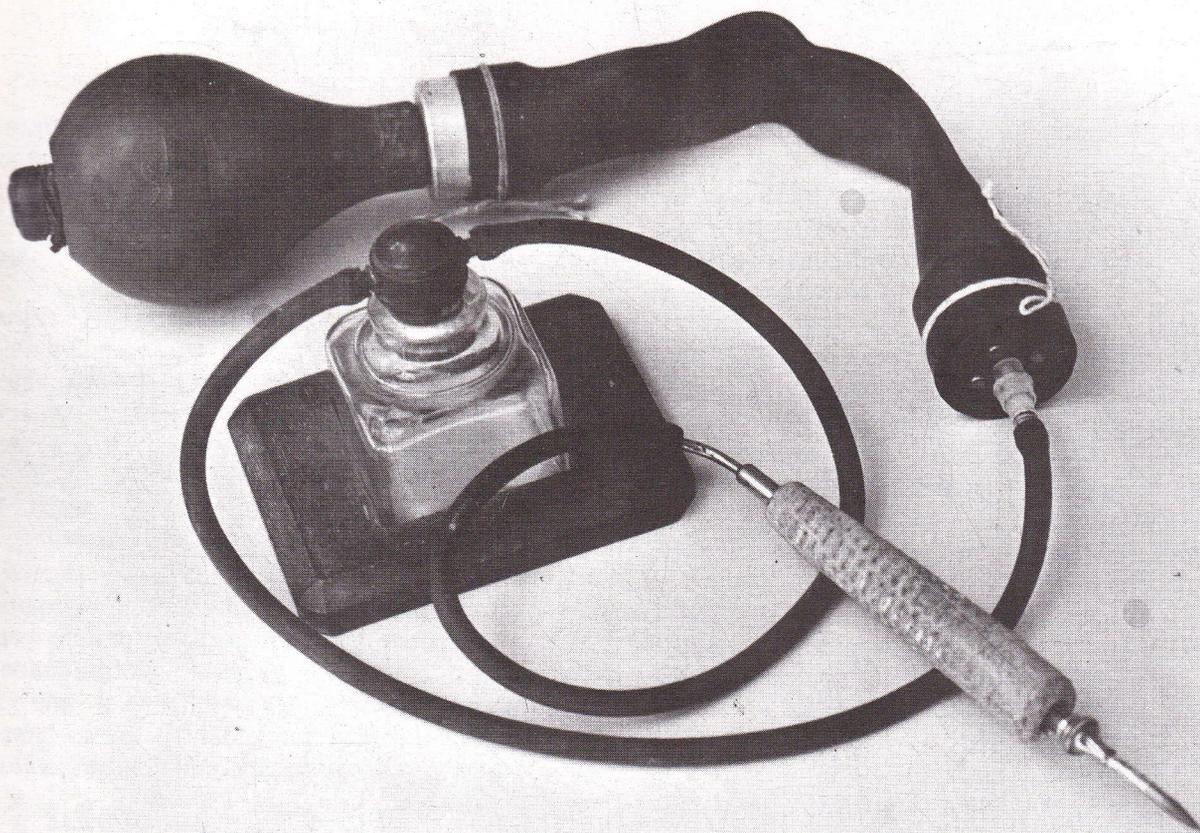
Técnicas y procedimientos

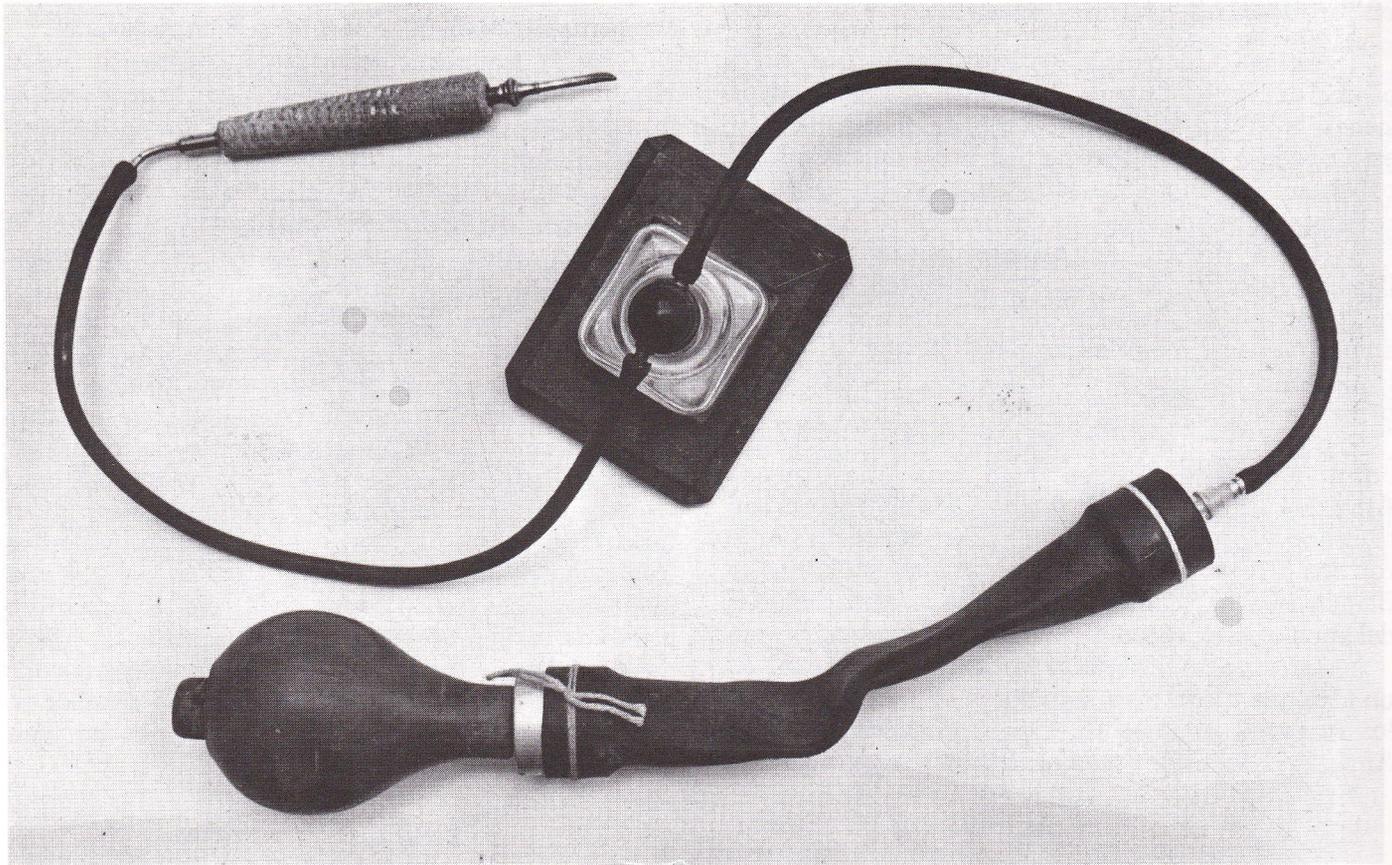
El pirógrafo empleado antiguamente se componía de dos bombas de hule, colocadas una cerca de la otra y unidas entre sí por un conducto que las comunicaba con el depósito de combustible —alcohol o bencina—, de donde salía una angosta manguera rematada por la aguja o "punta" que servía para grabar. Esta clase de instrumentos se traía de Francia y Alemania, pero se hizo muy escasa al iniciarse la primera guerra mundial. Entonces, en su

lugar, empezó a utilizarse el termocauterio, aparato eléctrico de uso médico.

La madera preferida por los pirograbadores de antaño era el ciprés, a la cual atribuían mayor "tersura". En la actualidad se trabaja también con palo blanco.

Sobre la madera "preparada" —cortada según las piezas que formarán el objeto y pulida finamente— se traza un boceto a lápiz que luego será pirograbado. Los viejos pirograbadores realizaban así verdaderas obras de arte.



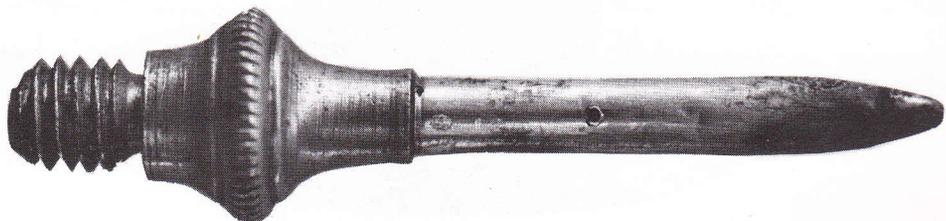


El producto

Los objetos pirograbados que se hicieron en el pasado eran utilitarios y ornamentales: toalleros, repisas, costureros, bomboneras, joyeros, huevos de zurcir, cajas y cajitas, cigarreras, pastas para libros y álbumes, polveras, marcos para cuadros y fotografías. Y los motivos preferidos por los pirograbadores de entonces fueron los paisajes nacionales, los edificios y

las ruinas de Antigua Guatemala, los retratos de personas, dibujos de pájaros, perros y gatos, y numerosos adornos florales de variados diseños.

Ahora, según expresión reiterada de sus autores, los trabajos pirograbados son de inferior calidad estética: *"los buenos -dicen- salen muy caros y la gente no los quiere pagar"*. Por ello, la producción contemporánea es masiva, más pintada que pirograbada, y destinada a las *curious shops* y al turismo de mal gusto.



Pirograbadores famosos

Antigua Guatemala —asiento de la que fuera capital del Reino durante la colonia— ha sido y sigue siendo la ciudad consagrada al arte del pirograbado. A esto obedece que las más valiosas obras de este género consistan en dibujos de las ruinas monumentales, los paisajes y retratos de gentes del lugar.

Hacia 1900, un famoso pintor antigüeño llamado Juan Francisco Alvarez, quien tenía instalado su taller en la Plazuela de la Escuela de Cristo, empezó a hacer los primeros pirograbados. Suyos son los mejores trabajos de aquella época, hoy verdaderas piezas de museo.

Casado con la señora Manuela Ardón, el maestro Juan Francisco Alvarez tuvo una hija llamada Albertina Alvarez Ardón, quien contrajo nupcias con el señor Ricardo Blanco. Hijos de este matrimonio son los artistas Ricardo, Carlos, Rafael y Guillermo Blanco Alvarez, convertidos gracias a las enseñanzas del abuelo en extraordinarios discípulos suyos.

Así empezó a forjarse la cadena tradicional de un arte que luego tuvo seguidores tan notables como los maestros pintores Rodrigo Coronado y su hijo Américo —fallecidos ambos—, quienes se iniciaron

frecuentando el taller de la familia Blanco Alvarez.

En la actualidad, salvo escasas excepciones, el pirograbado ha degenerado en una suerte de artesanía comercial que carece de los atributos que caracterizaron al magnífico arte de ayer. Precisamente por esta circunstancia, el Centro de Estudios Folklóricos dedica este número de **La Tradición Popular** a reproducir una selecta muestra de piezas salidas de los viejos talleres.

Entre los pirograbadores contemporáneos figuran Horacio Ramos Porras, nacido en Chimaltenango, autor de cigarreras, joyeros y las conocidas "*cajas secretas*", productos que exporta hacia las ciudades de México y Tuxtla Gutiérrez, así como al Instituto Técnico de San Salvador; Antonio Golóm, discípulo del maestro Mario Rosales, quien modificó sustancialmente los procedimientos tradicionales al trabajar ahora auxiliándose de una planchita de hierro en forma de S, que calienta sobre brasas de carbón vegetal y aplica luego a la superficie de la madera; Narciso Santos, que usa pirograbador eléctrico y aplica pintura y barniz a sus creaciones; Cecilio Tórtola y Héctor Valle, quienes trabajan también de igual manera.

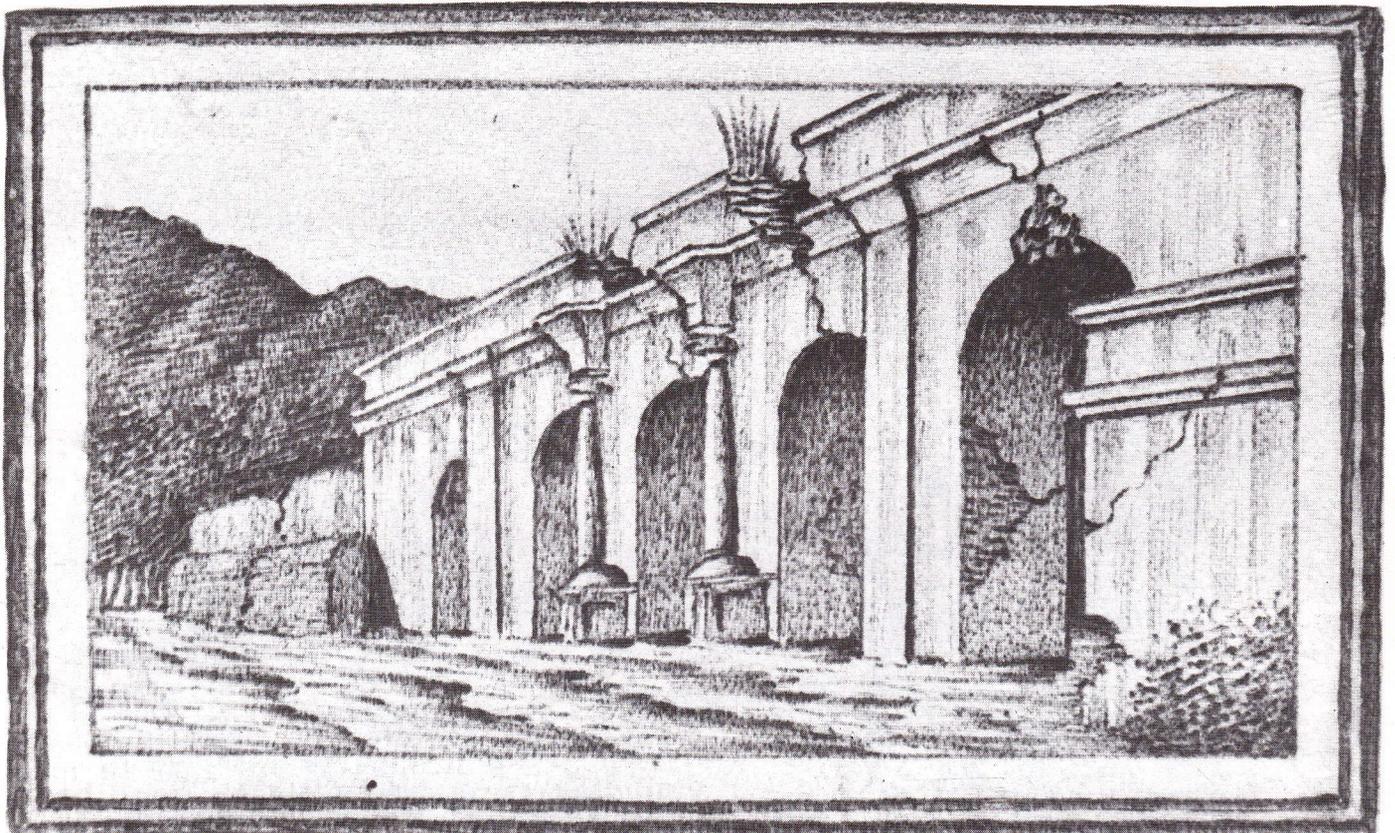


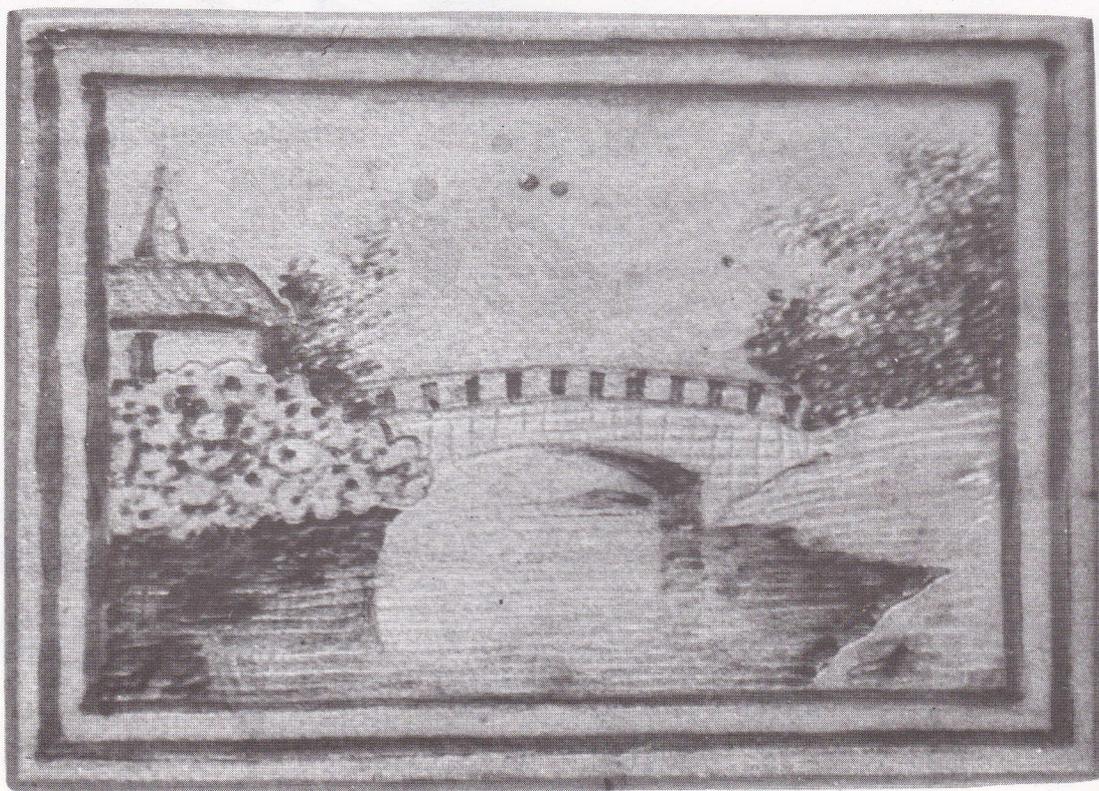
Consideraciones finales

Los propios pirograbadores reconocen que la progresiva extinción de su arte obedece a factores de naturaleza económica. El costo de producción de los trabajos que realizan es elevado y la demanda insuficiente para cubrirlo. De ahí que tiendan, algunos de ellos, a producir obras de baja calidad, destinadas al comercio de curiosidades turísticas. De esta manera se sustraen, muy relativamente, a la explotación de que son víctimas por parte de los intermediarios y exportadores.

Para preservar esta parte de nuestro patrimonio artístico, es aconsejable, entonces, atender y resolver esos problemas económicos. En tal dirección podrían adoptarse, por parte del Estado, medidas como las siguientes: proporcionar asistencia financiera integral a los pirograbadores, de manera que ésta sea suficiente, ágil, oportuna, de bajo costo, selectiva,

asesorada y supervisada; elaborar un catálogo de diseños que sirva de patrón orientador, tomando como modelo las piezas de más alta calidad; dotar de equipo adecuado a los artistas; facilitar a los pirograbadores la adquisición de la materia prima y los combustibles; aconsejar la división del trabajo que aumente la productividad sin afectar negativamente la capacidad creadora de los artistas; establecer premios y estímulos para los mejores artistas; organizar exposiciones periódicas de los productos y otras análogas. Así se lograría que los artistas y artesanos que ahora trabajan sin sistema, desorganizadamente, faltos de recursos, puedan hacer frente a sus necesidades mínimas y, en el plano cultural, realizarse con apego a sus tradiciones, a sus propias costumbres y hábitos. Las políticas de contenido democrático y progresista más avanzadas recomiendan hoy día el estímulo e incremento de las artes y artesanías populares que entrañan formas de identidad cultural.









Palacio de los Capitanes Generales
Ante la Capitanía General
de Centro-América
Antigua, de 1826
Colo.

L. J. Alvarado







